



Vicente Díez Llamas

Pregón Cofrade 2005



Vicente Díez Llamas

De la mano de su padre, nace en Zamora a la Semana Santa, al tiempo que a la vida. Desde entonces, pertenece allí a las Hermandades del Espíritu Santo y de la Buena Muerte y a la Cofradía de las Angustias. Fundador de la Hermandad Penitencial de Luz y Vida, a los doce años se convierte en el pregonero más joven de su ciudad, obteniendo asimismo diversos premios y distinciones en certámenes de narraciones sobre la Semana Mayor.

Trasladado a León con su familia, entabla relación con los cofrades capitalinos, que le conduce incluso a pertenecer a la Cofradía de Angustias como integrante de su Agrupación Musical cumpliendo, de esta forma, sus inquietudes de músico cofrade junto al tambor que lleva tocando más de media vida en diferentes bandas y ciudades.

Su incesante y temprana actividad literaria, le empujan a pronunciar pregones de Semana Santa en Valladolid, Zamora, Benavente... así como a la presentación de conciertos y certámenes en León y Valladolid. Precisamente, tras instalarse en esta última, es nombrado secretario de la Junta Pro Semana Santa en España, cargo que desempeña en la actualidad. También desde allí continúa colaborando con diversas publicaciones de la comunidad, permaneciendo siempre ligado a León, su hogar "adoptivo", condición de la que hace gala y se enorgullece.

En el plano profesional, desde septiembre de 2003 es Jefe de Protocolo de las Cortes de Castilla y León, responsabilidad a la que accede tras destacadas labores en instituciones y medios de comunicación en Zamora y Valladolid.

El Pregón que Vicente Díez Llamas nos ofrece es el fruto de una dilatada trayectoria de vivencias cofrades y una nueva muestra de los sentimientos que le unen indisolublemente a León y a su Semana Santa.

Presentación del Pregonero Cofrade

Carlos García Rioja

Presidente de la Asociación "La Horqueta"

Le conocí en Santa Nonia una calurosa mañana de agosto. Tenía quince años y hacía escasos meses que se había trasladado a nuestra ciudad con toda su familia. Reconozco que aquel día hirió mi pequeño orgullo de papón con sus comentarios acerca de las imágenes de mi Cofradía. Ciertamente, Juni no era Ruiz de Zumeta, ni la Soledad de Ramón Álvarez semejaba a nuestra anónima advocación mariana. Pero, ¿de qué podía extrañarme? También yo, algún día, había sido como él, enamorado hasta los tuétanos de nuestra Semana Santa, ignorando que ésta no es sino una pieza más dentro del impresionante puzzle que la celebración sagrada conforma en nuestro país.

Venía de la tierra del Merlú y del Barandales, de una ciudad que también se apasiona y se vuelca con su Semana Grande. Poco a poco, al tiempo que se labraba nuestra amistad, aprendí con él a amar Zamora y a rezarle a Nuestra Madre, ese cariñoso modo de llamar a la Virgen de las Angustias junto a la que vivía –y, de alguna forma, continúa haciéndolo– Vicente Díez Llamas.

Los años pasaron y el sentimiento se hizo grande. Tanto que Vicente vivió con nosotros una Semana Santa que ni él ni sus amigos podremos olvidar.

Después, quizá contagiado por nuestro entusiasmo o preso del dulce *veneno* de las baquetas, pasó a formar parte de la Agrupación Musical de "Angustias" tocando ese tambor junto al que ha crecido y al que continúa dedicando parte de su menguado tiempo libre. Una simbiosis que le define a la perfección: músico y cofrade, cofrade y músico.

A mi memoria, regresan ahora aquellas tardes en su casa o en la emisora junto a Vicente y Alfonso, su padre y su hermano, cuando los tres –como uno solo– compartían con nosotros sus vivencias bajo la túnica, entre decenas de libros, fotografías y vídeos. Así entendió él que la Semana Santa es un sentimiento que contiene millones de emociones, diferentes pero iguales, que no es una mera celebración repleta de añejas tradiciones.

Valladolid fue su siguiente residencia, aunque bien sabe que, en León, continúa teniendo un hueco que, precisamente, hoy se encuentra en este atril, ante todos ustedes.

Vicente, sé que no ha sido fácil resumir en unos folios cuanto sientes por esta ciudad y te une a su Semana Santa. Soy consciente del esfuerzo que ha supuesto renunciar a tus escasos momentos de respiro para ofrecernos este Pregón Cofrade. Pero también sé que este público está impaciente por oír tu voz. La mía, que sólo podría continuar hablando bien de ti, debe ahora apagarse para cederte el lugar. Ha sido una satisfacción inmensa, hermano. Tuya es la palabra, Pregonero.



Estimado Sr. D. Jesús María Cantalapiedra, Concejal de Turismo del Excelentísimo Ayuntamiento de León, querido Presidente de la Asociación “La Horqueta”, amigo Carlos García Rioja y directiva, representantes de las distintas Cofradías y Hermandades, papones, señoras y señores.

Nada de un párrafo de gracias, escuetamente gracias, porque estar en León, es estar en mi tierra, y el afecto y la amistad que me traen hoy aquí no tendría validez con un excelso agradecimiento sin sentido ni lógica. Me siento en mi casa, en esta capital histórica de mi Reino y cerca, muy cerca de mi cuna zamorana, por lo que decir gracias es intrínseco a estar rodeado por la mejor de las herencias que mi padre pudo legarme, mis amigos de León. Los que hoy dirigen y sostienen un emocionante proyecto en pro de esta internacional Semana Santa.

“La Horqueta” es hoy una realidad firme y creciente de un puñado de jóvenes leoneses que han elevado el espíritu de amor a su tierra hasta cotas insospechadas. Su sacrificio y el cariño puesto en todas sus actividades les ha convertido en el referente de la vida cofrade de León a lo largo del año. Mi enhorabuena para ellos por su trabajo, juventud y frescura, esas características de las que, en muchas ocasiones, adolece nuestra Semana Mayor y mi reconocimiento público y aplauso por hacer actual y necesario un sentimiento del que todos sus paisanos son partícipes, amar la Semana Santa de su tierra.

Este humilde servidor suyo que les habla se los encontró en Santa Nonia hace siete primaveras en el fragor palpitante de los preparativos pasionales que anualmente llenan los rincones de nuestra ciudad de jóvenes cuadrillas de montadores, músicos y braceros en ciernes. Hablaba por aquel entonces de una Semana Santa ideal y única, mi Semana Santa de Zamora. Hablaba con orgullo y satisfacción del espectáculo de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor en aquella perla del Duero, atalaya y museo del románico. Hablaba con encendido candor de mis Vírgenes y Cristos, de mi música fúnebre de Thalberg y de un bombardino llorón entre capas pardas.

Desconocía por aquel tiempo la luz, el color y el recogimiento de una Semana Santa que se abría paso entre las grandes celebraciones de interés turístico internacional.

Conocer León y su Semana Santa, ha sido un privilegio inigualable del que sólo puede hablar quien lo haya vivido y yo, gracias a Dios, lo he hecho.

Quiero abrir un inciso en mi intervención para dirigir mi torpe palabra y mi verbo pobre de acendrado pregonero elevando el cáliz de nuestros recuerdos en evocación especialmente señalada para cuantos hicieron posible este gran milagro que es la Semana Santa de León y que hoy ya no están con nosotros. Con especial mención a dos personas. A mi padre, Vicente Díez, que se hizo Leonés desde los micrófonos de Radio Nacional de España para cantar la maravilla de esta tierra y su pasión y a Eugenio Morchón, que fue mi otro padre en este León suyo, donde fue inolvidable maestro de papones y cofrade de las aceras. Con su arte y su palabra nos miran desde el cielo, estoy seguro querido Jesús, para darnos el abrazo satisfecho que su orgullo proclama en tardes tan excelsas como esta.

Y después del recuerdo viene la evocación de nuestras vísperas, vísperas en las que la Legio VII viste sus mejores galas disponiéndose a vivir días inolvidables de cera, incienso y capillos.

Vísperas de Triduo y Besapiés, preparativos de pasos y oraciones, ensayos a la luz de esa luna que señala Guzmán por la estación. La Pasión redentora de un Mesías que muere y resucita entre las piedras góticas de la *Pulcra Leonina*, camina con la Cruz auestas por calles empedradas mientras Vírgenes solas, con paso lento a hombros de los leoneses, reabren de esta forma la tradición más ancestral, transmitida de padres a hijos.

Viviremos con especial ilusión estos días previos a la Pasión visitando sus templos e imágenes y deteniéndonos a refrescar las gargantas sedientas con una limonada cuaresmal de esperanza.

Entre el Teleno y la Maragatería, la tranquilidad augusta de los valles, El Bierzo libre del norte y las comarcas que circundan a León, comienza a respirarse un nuevo clima y un nuevo paisaje de capillos y túnicas que van desde los negros penitenciales a los rojos y verdes y morados nazarenos. La ciudad comienza a transformarse con los preceptivos cultos y los corrillos de comentarios cofrades.

La antesala misma del dolor y la gloria pernocta en León durante estos días sacros de la Cuaresma, recién iniciada, en cada instante y en cada esquina, cuando parece oírse en la lejanía un temblor agudo de corneta o la caricia suprema y sencilla del bordón de un tambor.

Conciertos, misas y actos que engrandecen la Semana Santa y en los que los leoneses son protagonistas y escritores de esta historia de amor.

El Viernes de Dolores, la patrona de los papones, "La Morenica", sale de la Iglesia del Mercado para comenzar el rosario procesional con una Salve. El telón de las vivencias y las emociones se ha levantado definitivamente. Desde ese magnífico momento veremos pasear por nuestras calles la extensión del templo mismo, haciendo viva la celebración religiosa y popular semanasantera. Veremos al Jesús dorado de la Esperanza salir del románico caliente de San Isidoro, oiremos con divino fervor el canto del "Dainos" y sentiremos de cerca el golpear de las horquetas en la piedra camino de la Redención el Domingo de Ramos, apagados ya los aleluyas de las palmas y olivos de Su entrada en esta Jerusalén de Occidente que León es.

El Lunes, la maquinaria procesional de las Cofradías históricas reviste de Pasión el centro de la urbe leonina. El Martes, un Perdón ferroviario en la acertada gubia de Angel Estrada, camina de nuevo con Nuestras Madres de Angustias en su Dolor.

Silencio franciscano sobrecogedor y penitentes de pies descalzos, Agonía en Santa Marina que nos llevan al ecuador de nuestra Pasión el Miércoles Santo. León se dispone a vivir los momentos cumbre de su Semana Santa.

Al Cristo de los Balderas no hay que decirle nada porque con Su muerte implorante y tranquila sería pernicioso y aprovechado hacerle versos de dolor mayor al suyo.

*Viene Dios, hecho carne nazarena,
a la altura misma de los hombres,
amasado de dolores y de penas.*

*La muerte misma nos viene acariciando,
la noche lo recubre entre las velas
y los clavos de justicia bendecida
son misericordia del Señor de los Balderas.*

El lírico rondar del Desenclavo aguarda la amanecida del día del amor fraterno que la Bienaventuranza de San Claudio inaugura, dando paso al Gran Poder de una Madre de Dulce Nombre y Esperanza.

Por la tarde, bendición de pan y vino en la gubia prodigiosa de Santoña que León tuvo la suerte de disfrutar y que más que imagen es madera hecha vida por el gran talento de Víctor de los Ríos. Santa Marta instituye con pentagramas de oro el divino sacramento de la Eucaristía en el ocaso del Jueves Santo.

Esquila, destemplado tambor, corneta y voz telúrica de antepasados preparan el Calvario de *los Cuatro Conventos* para la madrugadora Cofradía de Jesús en el día central de la Semana. El Viernes Santo, León es calle y madera, bracero y cruz de ese museo que es la Procesión de "Los Pasos". Encuentro en la Plaza Mayor y reverencia a la Madre, pena bonita, y caricia dolorosa.

A Ella, Reina de la mañana del Viernes Santo, le dedicaremos los acertados versos del poeta de Osuna, Antonio Rodríguez Buzón, al exaltar su belleza inigualable:

*Quando creí Señora,
mi pecho de la cadencia olvidado
mas busqué para Ti flores en los jardines y prados
y en arriates de sueño y en los surcos del milagro
y en las plazas escondidas y en los desiertos collados
y en las riberas sombrías y por los huertos cerrados.*

*Busqué flores para Ti
que es tenerlas en la mano,
porque al evocar Tu nombre toda la luz se hace nardo
y de jazmín se hace el aire
y toda sangre amaranto,
y violetas los recuerdos
y fina azucena el tacto
y gardenia la mirada
y margaritas los labios
y clavel el corazón
y las espinas geranio.*

*Busqué flores para Ti
que es tenerlas en la mano,
porque el ángel del dolor las hace surgir del cardo
y de la piedra desnuda
y de los riscos y prados
y de la oscura pizarra
y de la vista del canto
y de la pena escondida
y del fondo del quebranto
y de la frente cansada
y del hundido costado
y del pecho sin latido
y del lamento quebrado.*

*Busqué flores para Ti triste y desesperanzado,
porque el jardín de mi voz Señora estaba agotado,
pero me postré a Tus plantas y con los ojos clavados
en la gloria de Tus ojos de lágrimas abrasados
sentí como se llenaba de flores mi rosal blanco
y grité como el que encuentra lo inútilmente buscado
y canté como el que canta por el goce desbordado
y de oración y alabanza yo compuse un nuevo ramo
para Ti que eres la Reina de los celestiales prados,
de los eternos jardines, de los arriates altos
de las riberas del cielo y de los surcos dorados.*

*Para Ti que eres la Reina del puro amor entregado
de los caminos sin sombra y de ese valle sagrado
que los ángeles vigilan al resplandor de Tu llanto
y ante Tu altar Virgen mía yo me quedé musitando
¡¡¡Ay quien pudiera Señora ser flor de ese humilde ramo!!!!*

Tras el sacrificio de la puja durante más de ocho horas, León entierra al Redentor. Lo hace sin alharacas ni adornos, aguardando el augusto tránsito hacia la Resurrección.

El Viernes Santo, cuando el sol cae por entre las montañas, resuenan en el corazón de la ciudad las Siete Palabras de Cristo en el Gólgota. Entre los ladrones, Jesús pide clemencia para soportar la Cruz de nuestros pecados. En la noche, la calle se ha hecho un río de Amargura y Soledad camino del Sepulcro.

Al León cofrade se le acaban las citas de su Pasión. El Sábado es día de Desenclavo, Sepulcro y Esperanza. El sol se ha detenido en las vidrieras de la Catedral esperando la victoriosa aurora de la Resurrección, confluencia de sentimientos encontrados, alegría y tristeza por un periplo que llega a su fin.

Es a la Hermandad de Jesús Divino Obrero a la que corresponde el honor de procesionar la imagen de Jesús Glorioso en la mañana de la Pascua. Trescientos sesenta y cinco días de trabajo, sacrificio musical y preparativos incesantes aguardan ahora para el próximo peregrinar cofrade de León. Una Pasión diferente, única e indescriptible que despierta los corazones dormidos y las almas perezosas de quienes la contemplan.

Semana Santa de sueños e ilusiones perfilada por Juan de Juni, Gregorio Fernández y Víctor de los Ríos en la cumbre del misticismo, la sensibilidad y el arte. Patrimonio indisoluble e histórico, riqueza enriquecida y vivencia interior y reflexiva de la que me atrevo a narrar en verso:

*Semana Santa en León
es la gran definición
del sentimiento de un pueblo
que vibra con su Pasión.*

*Es orgullo de papón
que ve salir a la calle
los pasos en procesión
sobre hombros de braceros
que pujan con devoción
conscientes de la importancia
que posee la tradición
que desde hace muchos siglos
procuró su salvación.*

*Es aroma y es poema,
es angustia y soledad,
y es lágrima que truena
en la negra inmensidad
por la pérdida del Hijo,
que derrochó Su bondad,
sobre aquellos que en el huerto
Le mostraron su maldad.*

*Es belleza virginal,
de sus madres más excelsas,
de sus Cristos y Piedad
que tiene sobre el regazo,
resignada en Su mirar,
la frialdad de la muerte
que Le hubo de llegar
al Rey del pueblo judío,*

*el ejemplo en que fijar,
cualquier esperanza humana
que intentemos alcanzar
antes de poder llorar
por Su sangre nazarena
que es manjar de Eucaristía
y símbolo de vida plena.*

*Semana Santa en León
es Pascua y Resurrección,
es la dulce conjunción
de la música que reza
y llora sobre el bordón
y la corneta que gime,
con sonidos de Pasión,
que invaden los corazones
de las gentes de León.*

*Es, en fin y en conclusión,
esa gran celebración
que reúne en la oración,
a las almas pecadoras
que buscan la Redención
y que lleva como nombre
Semana Santa en León.*

Y después de cantar a León sin tibiezas, de frente, como os gusta hacer las cosas a los leoneses, a éste, que se siente como vosotros, por lo menos adoptivo, sólo le queda rememorar esa creencia eterna y firme que describe la luz brillante de los ojos de un papón, el calor sofocante de un corazón entregado a Él y sólo a Él como vivencia especial en estos días de Semana Santa y durante todo el año.

El Misterio del amor a Cristo, Redentor y Salvador, expresado magníficamente en estos versos anónimos que aprendí de mi abuelo Alfonso y que resumen nuestra fe cristiana, piedra angular de nuestras existencias cofrades:

*No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz escarnecido,
muéveme el ver Tu cuerpo tan herido,
muévenme Tus afrentas y Tu muerte.*

*Muéveme, en fin, Tu amor, y en tal manera
que, aunque no hubiera cielo, yo Te amara,
y, aunque no hubiera infierno, Te temiera.*

*No me tienes que dar porque Te quiera,
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que Te quiero, Te quisiera.*

Este Pregón Cofrade fue pronunciado por Vicente Díez Llamas en el Salón de Actos de los Padres Capuchinos de la ciudad de León el 12 de febrero de 2005, primer sábado de la Cuaresma.